



# Meyibó

REVISTA DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS-UABC

AÑO 8, NÚM. 15, ENERO-JUNIO DE 2018

*Meyibó* vocablo de la lengua cochimí, hablada antiguamente en la península de California. El jesuita Miguel del Barco (1706-1790) refiere que los cochimíes la usaban para designar la temporada de pitahayas ("principal cosecha de los indios, excelente fruta, digna de los mayores monarcas") y, por extensión, al tiempo bueno de cosecha o periodo en que el sol es favorable a gratos quehaceres.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA  
Instituto de Investigaciones Históricas  
Tijuana, Baja California, México



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA

Dr. Juan Manuel Ocegueda Hernández  
Rector

Dr. Alfonso Vega López  
Secretario general

Dra. Mónica Lacavex Berumen  
Vicerrectora Campus Ensenada

Dr. Miguel Ángel Martínez Romero  
Vicerrector Campus Mexicali

Dra. María Eugenia Pérez Morales  
Vicerrectora Campus Tijuana

Dr. Hugo Edgardo Méndez Fierros  
Secretario de Rectoría e Imagen Institucional

Dr. Rogelio Everth Ruiz Ríos  
Director del Instituto de Investigaciones Históricas

#### CONSEJO EDITORIAL

IGNACIO ALMADA	El Colegio de Sonora
SALVADOR BERNABÉU	Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Sevilla, España
MANUEL CEBALLOS	El Colegio de la Frontera Norte, Tamaulipas
MARIO CERUTTI	Universidad Autónoma de Nuevo León, Facultad de Economía
PAUL GANSTER	San Diego State University Institute for Regional Studies of the Californias
EVELYN HU-DE HART	Brown University History Department
MIGUEL LEÓN-PORTILLA	UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas
CARLOS MARICHAL	El Colegio de México
DAVID PIÑERA	Universidad Autónoma de Baja California, Instituto de Investigaciones Históricas
CYNTHIA RADDING	University of North Carolina, Department of History
BÁRBARA O. REYES	The University of New Mexico, Department of History
MIGUEL ÁNGEL SORROCHE	Universidad de Granada, España
MARCELA TERRAZAS Y BASANTE	UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas

#### DIRECTORES

Héctor Mejorado de la Torre  
Marco Antonio Samaniego López

#### COMITÉ EDITORIAL

HILARIE J. HEATH	Universidad Autónoma de Baja California, Facultad de Ciencias Administrativas
MARIO ALBERTO MAGAÑA	Universidad Autónoma de Baja California, Instituto de Investigaciones Culturales
MARTHA ORTEGA SOTO	Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa
ROSA ELBA RODRÍGUEZ TOMP	Universidad Autónoma de Baja California Sur
JUAN MANUEL ROMERO GIL	Universidad de Sonora
LAWRENCE D. TAYLOR	El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana
DENÍ TREJO BARAJAS	Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Instituto de Investigaciones Históricas
CARLOS MANUEL VALDEZ DÁVILA	Universidad Autónoma de Coahuila

COMITÉ EDITORIAL INTERNO

Norma del Carmen Cruz González, José Alfredo Gómez Estrada,  
Isabel María Povea, Ramiro Jaimes Martínez,  
Olga Lorenia Urbalejo, Rogelio Everth Ruiz Ríos.

EDITOR: Marco Antonio Samaniego López.

FORMACIÓN Y DISEÑO DE INTERIORES: Paulina Wong Hernández.

*Meyibó. Revista del Instituto de Investigaciones Históricas*, Año 8, Núm. 15, enero-junio de 2018, es una publicación semestral editada por la Universidad Autónoma de Baja California, a través del Instituto de Investigaciones Históricas. Calzada Universidad 14418. Parque Industrial Internacional. Tijuana, Baja California, México. C.P. 22390. Teléfono y fax: (664) 682-1696, meyibo.colaboraciones@gmail.com, [www.iih.tij.uabc.mx/index.php](http://www.iih.tij.uabc.mx/index.php). Editor responsable: Marco Antonio Samaniego López. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2014-031218020000-102, otorgado por el Instituto Nacional del Derecho de Autor; ISSN 0187-702X. Certificado de licitud de título y contenido en trámite. Impresa por Impresora del Noroeste, calle Novena 718-1, col. Bustamante, Ensenada, Baja California, C.P. 22840. tels. (646) 176-3508 y 177-2750, [impnor@gmail.com](mailto:impnor@gmail.com). Este número se terminó de imprimir en agosto de 2018, con un tiraje de 300 ejemplares.

Los artículos firmados son responsabilidad de su autor.

Se autoriza la reproducción total o parcial de los materiales publicados, siempre y cuando se cite la fuente.

# Revista *Meyibó* [temporada de cosecha]

---

AÑO 8, NÚM. 15, ENERO-JUNIO DE 2018

## CONTENIDO

### ARTÍCULOS

- 7** Medir el Sistema Solar. El viaje de Jean-Baptiste Chappe d'Auteroche a la Antigua California y la observación del tránsito de Venus en 1769.  
**PEDRO ESPINOZA MELÉNDEZ**
- 45** Escasez, conflicto y naufragios: reclutamientos de dominicos españoles para las misiones de California a fines del siglo XVIII  
**WILFREDO CHÁVEZ MORENO**
- 77** El Sol de Sinaloa y las guerrillas en México: 1973-1974. Entre continuidades y rupturas de una labor editorial.  
**SERGIO ARTURO SÁNCHEZ PARRA**
- 117** Fronteras desiguales y muros protectores: instrumentar las diferencias en tiempo de crisis.  
**CARLOS RÍOS LLAMAS**

### RESEÑAS

- 135** Pons, Anacleto, *El desorden digital. Guía para historiadores y humanistas*, Madrid, Siglo XXI, 2013. 320 pp.  
**GUSTAVO ADOLFO VARGAS RAMÍREZ**
- 145** Womack Jr., John, *El trabajo en la Cervecería Moctezuma. 1908*, México, El Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas, H. Congreso del Estado de Veracruz LXII Legislatura, 2012, 123 pp.  
**IVÁN DE JESÚS VÁZQUEZ FRANCECHY**
- 155** Ciapuscio, Héctor, *Los gobiernos liberales y el inmigrante europeo (1853-1930)*, Eudeba, Universidad de Buenos Aires, Argentina, 2017, 262 pp.  
**ALBERTO DÍAZ RAMÍREZ**



PONS, ANACLET, *EL DESORDEN DIGITAL.*  
GUÍA PARA HISTORIADORES Y HUMANISTAS,  
MADRID, SIGLO XXI, 2013. 320 PP.

---

*Gustavo Adolfo Vargas Ramírez*<sup>1</sup>

**L**

La apropiación de las herramientas digitales en las ciencias sociales y las humanidades es parte de las preocupaciones de un campo donde las disciplinas pueden converger: las humanidades digitales. De ello, la historia digital es el punto que nos compete y el cual el historiador español Anaclet Pons indaga en el libro *El desorden digital. Guía para historiadores y humanistas*.

El autor pregunta si en el trabajo histórico o humanístico hubo algún cambio en la manera cómo se almacena, divulga y comparte información al ser lo digital un soporte y la forma de conservación de la producción de conocimiento.

La inquietud no parte de una postura teórica rígida sino de la implementación de una perspectiva histórica. Pons traza un sendero que promueva en sus lectores, los historiadores principalmente, una reflexión sobre la implicación de lo digital en la disciplina. Propone una guía que ayude a comprender el desorden expuesto en la red de redes, donde la emergencia no

---

<sup>1</sup> Estudiante de la Maestría en Historia del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Autónoma de Baja California.

radica en la rapidez o la accesibilidad, sino en la abundancia de la información. La postura es, sobre todo, epistemológica, no ontológica. No intenta cambiar el método de la historia. Sólo quiere debatir alrededor de la manera de investigar, escribir y presentar.

Para dar orden, *El desorden digital* se divide en ocho capítulos. En el primero intenta situar el contexto de la difusión y establecer un recorrido argumental de las humanidades digitales. Pons propone tres periodos:

El heroico, *The Library & Linguistic Computing*, en la década de los cincuenta, caracterizado por cuantificar el estilo de una obra o un autor midiendo regularidades; *Humanities Computing*, en los ochentas, la época de la creación de los centros y redes alrededor de correo electrónico y de proyectos como *Oxford Text Archive*, y el actual, impulsado en los noventas, *Digital Humanities*, la llegada de la *World Wide Web*. La lectura y la producción de investigaciones tuvieron un cambio de corte transmedia a raíz del auge de las Tecnologías de la Información (TICS) y la facilidad de navegación y enlace de los sitios web.

Pons pasa luego a la historia digital. Un primer momento se dio con la llegada de los ordenadores y las tarjetas perforadoras en la segunda mitad del siglo XX. Surgieron las investigaciones centradas en la historia serial y cuantitativa. Pero con el retorno a la narrativa, a finales de los setentas y con la introducción de los computadores personales y los navegadores de internet, en la década de los noventa, se empezaron a manipular las herramientas digitales apartándose de la cliometría. Exploraciones como *Valley of The Shadows Project* y *Who Built America?* abrieron los caminos de la llamada historia digital.

En siguiente capítulo el autor analiza los cambios en el soporte de lo escrito. Para ver ese tránsito recurre al trabajo de Roger Chartier, Robert Darnton, Anthony Grafton y Antonio Rodríguez de las Heras. Sigue, entonces, tres ejes: la manera



de producir y reproducir textos, la alteración del soporte de lo escrito y las variantes en las prácticas de lecturas.

Pons comenta que el texto digital se caracteriza por la densidad al estar en un espacio donde atrae y se presta para un mayor almacenamiento, la estructura blanda o amorfa, pues puede ser efímero o editado, y la ubicuidad o deslocalización, ya que se accede al contenido desde cualquier ordenador. Por ello es importante el lugar desde el cual se hace la lectura, la tecnología estructura la manera de visualizar una imagen, un audio o un texto.

Esa variación del soporte y de las formas de transmisión de lo escrito tiene precedentes en la sustitución del volumen por el códice y no en la imprenta de Gutenberg, dice Pons. Siguiendo a Chartier, expone tres mutaciones de las prácticas asociadas al uso del medio en el cual se lee: El orden de los discursos, prima la continuidad y la contigüidad más que la materialidad. El orden de las razones, pasar de una lógica lineal y cerrada a otra donde es abierta, flexible e interactiva. El lector aprovecha la movilidad del texto para copiar, pegar, guardar o borrar. Y la escritura polifónica, que es múltiple, colectiva y presenta otra reconceptualización de la figura del autor. Por ello la lectura y el libro no son términos absolutos desde la aparición de la imprenta. Ahora el análisis presenta inquietudes sobre la autoedición, la reconstrucción de textos y la modificación de los contenidos.

En el tercer capítulo se detalla el tipo de lectura presentado en la cultura digital con el auge de internet en la década de los noventa. Historiadores como Gertrude Himmerfalb y David F. Noble, los llamados luditas, criticaron, en ese sentido, la combinación o yuxtaposición de los contenidos en la red, pues el hilo de la historia no se tejería desde el análisis, el pensamiento, sino desde la puesta de una fuente al lado de otra. Noble agregó, además, que tecnología no explicaba por sí sola el contexto y el progreso social.

Pons habla de otras críticas al uso de internet que sostienen la falta de una lectura profunda, la incapacidad para ir a lo nuclear de un texto. Se perdía el predominio de la escritura como fuente de la información y del conocimiento estructurado, secuencial.

Sin embargo, retoma a Chartier y Darnton y da cuenta de que ese tipo de posturas también se dieron con la masificación de la escritura tradicional, o sea, el paso a la imprenta. Lo evidente era una falta de aprendizaje del nuevo espacio, ya que la lectura no era una condición natural del aprendizaje sino una tecnología, un saber artificial.

En el cuarto capítulo el historiador revisa el término *colaboración* en la cultura digital y hace un análisis de *Wikipedia* al hablar del acceso abierto, la participación en la edición, la corrección y la publicación de contenidos entre los mismos usuarios. Esa actividad colectiva radica en la aparición de diferentes perspectivas de un hecho, escritas en diversas lenguas y en versiones inacabadas. Cualquier persona con acceso a internet podría ser un editor. La estructura de *Wikipedia*, dice Pons, es un sistema donde se maneja la abundancia de datos. Los lectores tienen en sus manos resúmenes, información general de eventos o acontecimientos conocidos o publicados.

En esa lectura descriptiva el autor se diluye y la diversidad de contenidos abarca lo popular hasta y lo académico y científico. Así, sus editores, los wikipedistas, sólo agrupan y reiteran lo ya dicho en otros ámbitos. Ello supone una confianza en el procedimiento, el tiempo de corrección de un contenido.

Pons argumenta que esa podría ser una muestra de la historiografía del presente. La *Wikipedia*, expone, debe analizarse desde sus consecuencias epistemológicas, su veracidad. Su escritura, resalta, no compite con la histórica y se puede observar como una comunidad de conocimiento.

El quinto capítulo trata las implicaciones de los archivos digitales en la historia. Para el autor no hay encuentros inocentes

con el documento y el archivo también representa los intereses de un contexto y del trabajo de indagación. Por ello, tras una lectura del historiador Bertrand Müller, distingue tres regímenes documentales.

1. El archivístico, basado en lo escrito y en parte, en lo impreso. Precedente de los depósitos documentales que empezaron a crearse en el siglo XVIII en cuyos espacios se organizaron los registros del acto gubernamental.
2. La documentación, derivado de la aparición de las ciencias sociales en el siglo XIX. Es el paso del inventario a la bibliografía y la documentación. El intento por hacer de la historia un trabajo académico, científico.
3. El de la información, que corresponde al soporte digital. Es otra concepción del documento, caracterizado por la desmaterialización y la eclosión. En este punto hay un cambio en la concepción del archivo, y comprenderlo ayuda a emprender una reflexión sobre cómo estudiar y trabajar las fuentes.

Una primera instancia es reconocer tres fenómenos relacionados con la preservación: la digitalización de fuentes analógicas, la creación de datos en el espacio digital (patrimonio *born digital*) y el almacenamiento de unos u otros en bibliotecas o archivos digitales.

Tales aspectos resaltan ciertas particularidades de las fuentes: su abundancia, la producción continua en forma de datos; su volatilidad, el cambio de una condición estable (impreso) a una inestable que permite la facilidad de eliminación o edición, y su fragilidad, al tener continuas actualizaciones pueden perderse mucho más fácil que las físicas.

El tipo de escritura de internet es el eje del capítulo seis. El hipertexto, como lenguaje y a la vez tecnología de conexión, de enlace, es determinado por la multilinealidad y la multiseccionalidad de los contenidos. Un usuario puede reconfigurar y recodificar la estructura narrativa del texto al encontrar una experiencia lectora perteneciente más a la navegación que

a la narración lineal. Quien lee traza el mapa sobre cómo seguir un determinado tema y propone un ejercicio de interacción con el autor.

La historia ha encontrado beneficios al ampliar los tipos de fuentes que utiliza. Reflexionando sobre su trabajo, se pueden encontrar las ventajas que cada tecnología de preservación trae. El acercamiento al espacio digital, sostiene Pons, no sería diferente. Las técnicas no se anulan, conviven, y el hipertexto, entonces, no eliminaría al texto impreso. La inquietud está en no perder lo que distingue al historiador de un simple descriptor.

Para el séptimo capítulo, el autor de *El desorden digital* se centra en el tipo de comunicación y difusión de las investigaciones dentro de la cultura digital. La pregunta a plantear es cómo se está difundiendo el conocimiento científico en la red tras la aparición del término acceso abierto.

La primera revista electrónica, señala Pons, pudo ser *New Horizons In Adult Education*, lanzada en 1987. Esa clase de publicaciones eran auspiciadas por instituciones gubernamentales o iniciativas privadas. Pero en 1996 surgió uno de los repositorios colaborativos con mayor auge, *Internet Archive*. Luego, a inicios del siglo XXI, la iniciativa *Public Library of Science* recogería los temas tratados en los debates sobre las publicaciones académicas: la posibilidad de tener un acceso abierto a los artículos e investigaciones desde un repositorio y el establecimiento de conexiones entre diferentes ideas como nuevos modos de utilizar la información. La apropiación de las TICs cambió la manera de distribuir el conocimiento, lo cual también fue tomado en cuenta por empresas privadas. Google, por ejemplo, abrió en 2004 los proyectos Google libros y Google académico.

Para Pons, el acceso abierto conduce a la disponibilidad libre y gratuita y a la disposición de los derechos de autor por el otro. El autor, además, no carga con el costo de la publicación y permite la difusión. El *Directory Of Open Acces Journal* es un ejemplo.

Tal cuestión alimenta el debate sobre publicar trabajos en revistas prestigiosas, limitadas a cierto público y en las cuales hay que pagar, o buscar proyectos de difusión del conocimiento cuya promoción está en el acceso abierto, donde no se cobra la aparición pero se alberga en un catálogo con menor reputación en las esferas académicas.

Otro punto retomado por Pons es la publicación de libros digitales. El ejemplo es Robert Darnton y su labor dentro del *American History Association* (AHA) a inicios del siglo XXI. El programa *Gutenber-e*, señala, fue uno de los impulsos de la historia digital.

La AHA promovió la carrera de los jóvenes investigadores con la publicación de proyectos digitales centrados en las tesis. No era implementar un repositorio digital, sino mostrar un proceso de investigación que diera nuevos sentidos a la evidencia de las fuentes. *Gutenber-e* trabajó en tres docenas de investigaciones. El problema de la iniciativa, argumenta Pons, radicó en que la historia es una disciplina de libros y, por lo tal, las tesis eran trabajos escritos, pensados en ese tipo de narrativa.

*El desorden digital* cierra el recorrido sobre los rasgos que evidencian el diálogo entre la disciplina histórica y la cultura digital desde las humanidades digitales, con un panorama del trabajo en la historia digital.

El autor indica que Estados Unidos tiene mayor experiencia en el campo. Incluso, en el país norteamericano ya hay centros de trabajo de historia digital como el *Center for History and New Media* de la Universidad George Mason y el *Virginia Center for Digital History* de la Universidad de Virginia.

La larga duración entraría a ser indagada en esos centros. Ello permite el análisis de información, de datos y la búsqueda de otra narrativa con un corte cuantitativo. Este tipo de trabajos se apoyan en la variante espacial, dice Pons, y utilizan la tecnología del Sistema de Información Geográfica (GIS).

El historiador Richard White es uno de los propulsores desde la universidad de Stanford. Su propuesta, la historia espacial, expone el espacio como una variante a representar gráficamente. Este giro espacial es una forma de hacer historia, no un cambio drástico en el quehacer histórico. Sin embargo, esa manera de presentar las investigaciones y abordar las fuentes debe distinguir los siguientes rasgos:

Hay un trabajo colaborativo, la atención se centra en la visualización, la proyección es mediante la historia digital, ello implica la exploración informática de bases de datos y la duración es indefinida, pues las herramientas ideadas y la información recopilada se convierten en parte de un patrimonio académico común, se amplía y reelabora. Por último, hay una perspectiva conceptual definida: el espacio. A través de éste, plantea Pons basado en las reflexiones del historiador Edward L. Ayers, se lee el tiempo de manera espacial, no horizontal. Ayers lo denomina geohumanidades; el mapa no es una cartografía exacta sino una herramienta conceptual.

Otra de las posibilidades de la historia digital es la historia pública. Pons comenta que el *National Council of Public History* la define como la promoción del estudio y la práctica en colaboración al hacer historia. Esos puntos de vista particulares y debatidos deben ser accesibles y útiles para el público. James McPherson, presidente de la AHA en 2003, situó la historia pública en espacios de divulgación menos académicos. Ejemplos de ello son el *Public Historian Cleveland State University*, el *Center for Public History and Digital Humanities* y el *George Mason University Center For History and New Media*, donde se creó el software de análisis de datos *Omeka*.

¿Y qué pasa con las humanidades digitales y la historia digital en otros países de América, o en otras regiones aparte de Estados Unidos y Europa? ¿Cómo se han leído los debates y las iniciativas en institutos de investigación histórica, en colectivos de libre acceso y difusión de la información en América

Latina? ¿Existen los espacios en nuestras universidades para estudiar los cambios expuestos en *El desorden digital*?

Es evidente que Pons presenta un panorama desde una visión europea y estadounidense. Sin embargo, caer en la crítica de su trabajo por la falta de una mirada hacia otras latitudes es un recurso fácil. La historia digital es aún un campo de controversia al ser una propuesta de visualización de investigaciones históricas donde la lógica narrativa no parte de la escritura tradicional. Al debate también deben entrar los historiadores de otros países de América. Ello implica establecer balances, abrir cursos y fortalecer y fomentar los colectivos de trabajo. Además, no es sólo implementar las herramientas digitales; es necesario plantear retos y problematizar los cambios en las fuentes, la labor colaborativa, el acceso abierto, el lenguaje hipertextual y la abundancia de información en internet.

